
Rafael Reséndiz*

COMUNICACION POLITICA
y sociedad civil

1. Circuitos opcionales de comunicación

En países dependientes y como necesidad de superar ciertas coyunturas históricas, son incuestionables las experiencias en materia de comunicación popular o alternativa, así como las reflexiones hechas a propósito de las mismas. Aunque marginales y esporádicos, son también fructíferos los resultados obtenidos en la práctica, así como la producción teórica derivada del análisis de este fenómeno. Las aproximaciones al problema se han hecho ya desde la perspectiva antropológica, ya etnográfica, o incluso sociológica y obviamente comunicacional. Es más, parece ser que la única corriente específicamente latinoamericana para el estudio de la comunicación se dedica, aún hoy, al análisis y discusión sobre las experiencias en materia de comunicación popular, comunicación alternativa y/o contrainformación. La naturaleza misma de nuestra realidad nos ha obligado a que tanto en la práctica como en la teoría, la comunicación popular o alternativa haya recibido particular atención por parte de comunicadores y comunicólogos, así como de un sinnúmero de científicos sociales que quieren ver en el trabajo intelectual un compromiso moral y político con la propia realidad. La problemática que nos salta a la vista nos obliga pues a cuestionar las formas, los modos y las estructuras de comunicación que han emergido del proceso de transformación social del continente. La reflexión alternativista ha permitido poner en claro

* Profesor adscrito a la Coordinación de Ciencias de la Comunicación de la FCPyS-UNAM.

el orden de ciertas ideas en lo que a comunicación, medios y circuitos opcionales de comunicación se refiere. Para los propósitos de esta reflexión vamos a retener dos de estas tesis, alrededor de las cuales girará la tónica de estas notas:

a) Históricamente han existido formas, modos y circuitos de comunicación insertos en los distintos procesos sociales, aun antes de la aparición de las modalidades comunicacionales fomentadas por las grandes empresas de comunicación y la denominada industria cultural.

b) Posteriormente se han generado nuevas formas, modos y circuitos de comunicación social, como respuesta o resistencia al “poder omnipotente”, inmovilizador o desinformador de los medios de comunicación. Esto, al menos, en circunstancias históricas específicas.

Estas dos tesis nos permiten anotar, pues, la presencia de dos formas antagónicas y eficaces de comunicación, una, articulada al propio devenir histórico de diferentes contextos sociopolíticos, económicos y culturales (primera tesis); la otra, como una regeneración de los procesos opcionales de comunicación ante la imposición de un modelo “modernizador” promovido por el desarrollo del capitalismo (segunda tesis).

Estas dos modalidades de comunicación, la una informal y opcional, la otra formalizada y artificial, se circunscriben en circuitos de comunicación que, en la práctica, operan paralela y simultáneamente.

Cabría anotar que ambos tipos de comunicación responden, lógicamente, a condiciones materiales específicas de existencia en los diferentes momentos históricos. Por un lado, la aparición y continuidad de circuitos quasi-naturales de comunicación, en el sentido de que emergen del propio proceso histórico que caracteriza a una situación concreta y constituye, de hecho, la praxis del quehacer cotidiano. Estos circuitos responden a las necesidades propias de cada grupo o comunidad, y permanecen al margen de toda posibilidad de institucionalización.

Es importante destacar que los circuitos artificiales de comunicación son el resultado de los procesos de comunicación establecidos y derivados por la presencia de medios de comunicación social. A diferencia de éstos, los circuitos opcionales de comunicación no dependen de ningún tipo de instrumento técnico de comunicación. Simplemente son el desarrollo de formas y modos de comunicación grupal, inter-grupal, comunal, regional, etc., que establecen procesos de comunicación socio-naturales y paralelos a los circuitos de comunicación que generan los llamados medios de comunicación social.

Así tenemos que mientras los medios de comunicación social desarrollan un “mercado de mensajes”, fomentando el consumo de mercancías

comunicacionales tales como periódicos, discos, impresos diversos, emisiones de radio y televisión, y todos aquellos símbolos derivados del contenido de los mensajes, y que finalmente son a partir de lo que se establecen los procesos de comunicación impuestos y que definimos como circuitos artificiales, por otra parte, los circuitos opcionales, y los denominamos así porque son opciones quasi-naturales frente a los circuitos artificiales, son el producto de procesos de comunicación paralelos y alternativos ante los mismos, localizándose indistintamente, según rasgos culturales característicos propios en cada grupo o comunidad, por ejemplo: el rumor, el chisme, la resistencia pasiva, el abstencionismo, la tertulia, la reunión familiar, el encuentro en las plazas, las iglesias, las “colas”; en las fiestas, los bailes, las ceremonias; en ciertos casos de reuniones dedicadas al análisis, la discusión y la toma de decisiones que afectan el interés colectivo (asambleas de barrios, asambleas de vecinos, etc.).

Podemos notar que los circuitos opcionales de comunicación responden a las necesidades propias de cada comunidad y son circuitos de comunicación que se han venido desarrollando y adecuando a las transformaciones de los grupos y comunidades antes y, lo que es más importante, aun después de la aparición de los denominados medios masivos de comunicación.

Por su parte, los circuitos artificiales de comunicación que responden a las necesidades creadas o impuestas por los propios medios han tenido, tanto cultural como tecnológicamente, en apariencia, mayor eficacia y penetración.

Los científicos sociales interesados en este problema enfocaron gran parte de su tiempo al análisis del proceso alienador de los circuitos artificiales de comunicación, generados por la presencia de los mismos medios.

No fue sino a raíz del surgimiento de procesos liberadores en el continente y durante los recientes procesos democratizadores, que se replanteó la importancia, el valor y la trascendencia de los circuitos opcionales de comunicación en grupos y comunidades locales y regionales.

La realidad comunicacional, y obviamente la crisis política de los años setenta y la económica de los ochenta, por la que ha atravesado y atraviesa todo el subcontinente latinoamericano, han permitido revelar y replantear las grandes posibilidades que estos circuitos opcionales de comunicación tienen como praxis cultural (denomínese comunicación alternativa, participativa o contrainformación), frente al poder verticalizador de la comunicación política de los sectores hegemónicos, vía medios de comunicación y sus orientaciones ideológicas.

Así pues, esta realidad comunicacional, aunque peculiar en cada comunidad, en cada región y en cada grupo, nos permite plantar una hipótesis:

despertó entre científicos sociales, intelectuales, partidos políticos, organizaciones sociales, etc., en los últimos diez años, condenando los circuitos artificiales y revalorando, o quizá hasta promoviendo, los circuitos opcionales como alternativas de comunicación y participación frente al discurso autoritario.

El hecho es que quizá por emanar de los propios procesos sociales y arraigados a éstos, los denominados circuitos opcionales han podido sobrevivir, y los intelectuales los redescubren como alternativas para el cambio social.

Es innegable que algunos intelectuales comprometidos, pertenecientes a diferentes formas de pensamiento y acción, han participado directamente en estos circuitos opcionales de comunicación, no sólo analizándolos, sino también fomentándolos. Hoy día, distintos organismos, laicos o religiosos, politizados o no, continúan fomentando este tipo de comunicación, pensando que puede servir de base para un paulatino proceso de movilización, participación y transformación social. Es más, diversos intelectuales comprometidos con las distintas izquierdas, han creído que es a través de los circuitos opcionales como puede alcanzarse la conducción y dirección del cambio social.

El problema radica justamente en la visión que se tenga del problema social y comunicacional. Desde siempre, los grupos y comunidades locales o regionales se han movilizad o a partir de su concepción del mundo, como hoy, entre la dialéctica de los circuitos opcionales y las diferentes modalidades de circuitos artificiales, sin que hasta la fecha los primeros hayan desaparecido frente a los segundos. Más aún, unos y otros se han adecuad o y retroalimentad o, lo que ha posibilitad o que se revalorice al primero, afianzand o y confirmand o su proceso de subsistencia. La concepción de los científicos sociales y de los intelectuales contestatarios ha descubiert o, o redescubiert o, la importancia que los circuitos opcionales de comunicación pueden tener, en tanto que formas horizontales de participación comunicacional (es decir comunitaria) frente a los circuitos artificiales, dominantes, verticales e inmovilizadores.

Sin embargo, las comunidades, con sus modalidades *sui-generis*, han mantenido ese proceso quasi natural de comunicación fluida, hoy como resistencia cultural, ayer como base fundamental de las relaciones socio-culturales.

Probablemente, lo simplista del planteamiento pueda hacer creer que se ignore el hecho de que los circuitos opcionales de comunicación están en aparente desventaja frente a los circuitos artificiales y sus medios. El problema es que después de 30 años de auge de la industria cultural, los circuitos opcionales de comunicación se siguen desarrollando.

Es importante destacar la persistencia de los circuitos opcionales fren-

te a los procesos de aculturación, transculturación y homogeneización discursiva de los circuitos artificiales. Los circuitos opcionales han sido la manifestación más clara de resistencia cultural, con lo que la fuerza de las organizaciones locales y regionales se han confirmado y han opuesto al discurso autoritario, un discurso anti-autoritario. Este discurso no es sino la resemantización del producto resultante de los circuitos opcionales y de los circuitos artificiales y forma parte del proceso de integración, o eventualmente de desintegración, de grupos y comunidades locales, regionales o nacionales, las que finalmente podrán conducir el cambio.

Es incuestionable que los circuitos artificiales y su discurso autoritario han buscado romper —intencionalmente— los circuitos opcionales y su discurso derivado, para erigirse como un discurso totalizador. No obstante, la “omnipotencia” de la comunicación masiva no ha logrado neutralizar los circuitos opcionales, y éstos forman hoy día parte de la resistencia y la subsistencia cultural.

Lo grave del problema es pensar que por ser anti-autoritaria, una comunicación alternativa pueda, invariablemente, actuar como discurso democratizador. Los hechos han demostrado que toda comunicación, por muy participativa que se haya manifestado, al erigirse como discurso dominante (vía la toma del poder), es susceptible de convertirse en discurso autoritario. Los “alternativistas” han sido bastante sensibles a este planteamiento, lo que nos obliga a pensar que esta posibilidad de comunicación horizontal no debe ofrecerse como una realidad institucional, pues no es sino simplemente una “utopía radical”.

Una cuestión parece innegable: la necesidad de que hoy los circuitos opcionales de comunicación funjan constantemente como vaso comunicante entre los grupos, fuera de toda formación institucional, sirviendo de procesos integradores de grupos y comunidades locales, regionales y hasta nacionales. Al parecer no son estos circuitos sino la única opción de comunicación horizontal que no podrá ni deberá ser institucionalizada. La institucionalización de la comunicación, por muy horizontal que se plantee, dejará de ser —por el solo hecho de institucionalizarse— discurso democratizador, para convertirse en autoritario.

La sobrevivencia y resistencia de los circuitos opcionales de comunicación se debe justamente a que nunca han logrado ser institucionalizados. Y en el caso en que así ocurra, su aceptación como discurso democratizador y comunicación horizontal pierde legitimidad, consenso y vigencia entre los individuos, los grupos y las comunidades.

El planteamiento de querer encontrar en los circuitos artificiales de comunicación, institucionalizados por naturaleza, opciones para democratizar y alcanzar participación, legitimación y consenso, es sumamente relativo, y aún perenne. Es tan utópico ese planteamiento como el de

las izquierdas que pretenden ofrecer la democratización comunicacional con la toma del poder o, al menos, la del gobierno.

Por otra parte, el planteamiento intelectualizado de la autogestión comunicacional como opción democratizadora, también aparece como tesis desfasada de la realidad. La realidad comunicacional de los grupos y comunidades siempre ha sido autogestionada y autogenerada; además de regenerada y regeneradora de la participación comunitaria.

El querer plantear opciones artificiales de comunicación a los grupos y comunidades es aparecer completamente distanciado de las mismas, pues éstos siempre han ejercido esta facultad para resistir al discurso autoritario de quienes formalizan e institucionalizan los procesos de cambio.

La capacidad de adaptación y sobrevivencia de las denominadas clases subalternas ha permitido que éstas generen formas particulares de simbolización y semantización (o resemantización) de su realidad. Si bien el discurso autoritario que se disemina por los circuitos artificiales de comunicación es el discurso que condiciona las posibilidades de participación institucional de los grupos y comunidades, ello no significa que éstos no hayan sido capaces de generar su propio discurso y su significación socio-cultural, los que son diseminados frontal y colateralmente por sus propios circuitos de comunicación. A través de ellos fomentan su propia actividad cultural, social, artística, política y hasta económica.

La cultura popular —al margen de la cultura popular institucionalizada— las expresiones artísticas emanadas directamente de individuos que cohabitan entre grupos y comunidades; el abstencionismo político, el rechazo a formas de representación vertical; las economías subterráneas, no son sino muestras concretas de modalidades de comunicación que crean sus propios circuitos en situaciones concretas. Junto a éstos, y más aún, alrededor de ellos, los circuitos artificiales y sus discursos autoritarios pretenden neutralizar cualquier forma de discursos anti-autoritarios, que no es sino el resultado antagónico y dialéctico de un proceso artificial que busca regenerarse, nutrirse, afirmarse, y de no lograrlo, condenarse inevitablemente a la desaparición. El discurso autoritario y sus circuitos artificiales de diseminación, llevan en sus entrañas su propia contradicción. Todo circuito artificial e institucionalizado genera una modalidad de circuito opcional no institucionalizado; un circuito históricamente permanente, aunque no inmutable, que es la base de las relaciones humanas socializadas, generadora de los cambios sociales. Los circuitos opcionales surgen como contra-respuesta a las relaciones sociales de producción dominantes. Aunque parezca paradójico, los “receptores” tienen la palabra.

2. Comunicación y cambio social

La centralización del poder político y económico conlleva la centralización del poder comunicacional. Más aún, toda organización social necesita un sistema de comunicación que permita el ejercicio del poder conforme a una serie de normas que la propia sociedad política establece para la conducción de la sociedad civil. El establecimiento de estas normas está condicionado por el “contrato” o pacto social que una transformación social haya establecido a través del consenso o la legitimación de un proceso de institucionalización que codifica el sentido y la significación del poder y del gobierno ante la sociedad civil.

Así por ejemplo, ante el absolutismo, la burguesía fue capaz de generar un sistema de “comunicación alternativo” en su largo proceso de consolidación del poder económico, y después durante el proceso de la toma del poder político.

Al institucionalizarse la transformación social, la burguesía se vio en la necesidad de definir procesos de comunicación, derivados de aquéllos ejercidos durante la larga contestación desde el bajo medioevo. A la privatización del poder por parte del absolutismo, se opuso la publicación de la toma de decisiones en el ejercicio del poder, mediante la representatividad y la democracia parlamentaria, por parte de la burguesía.

Así también, y para citar un segundo ejemplo, los bolcheviques, en tanto que vanguardia intelectual del proletariado ruso, desarrollaron toda una estrategia de comunicación alternativa y/o contrainformación para poder penetrar en las capas de obreros, soldados y, eventualmente, campesinos. Con el triunfo de la revolución de octubre, el ejercicio del poder mediante los representantes (los soviets de obreros, soldados y campesinos) se institucionalizó, vía centralismo democrático. Así, el consenso y la legitimación se canalizaron a través de los mismos soviets.

Al respecto podrían citarse infinidad de ejemplos, de los cuales aquí destacamos los más representativos y antagónicos. Lo que sí parece importante resaltar es que el ejercicio alternativo y horizontal de formas de comunicación que demandan un eventual cambio social, se ve secundado por una verticalización de un sistema centralizador de comunicación política, proveniente del propio poder político, sea en una democracia representativa o en otra popular.

El problema radica en que, al parecer, el ejercicio del poder se refeudaliza como una “necesidad política” para la orientación del cambio. Esto significa que durante la privatización del poder por una persona o grupo, emerge en la sociedad civil una etapa de proselitismo, en cuyos preceptos básicos se propone la publicitación de la toma de decisiones (ejercicio horizontal de la comunicación) para luego, ya desde el poder,

aquélla se vea nuevamente verticalizada.

De hecho, la bandera de la participación y la democracia se ha visto legitimada, o bien mediante la representación democrático-burguesa, o a través de la representación democrática-centralizadora. No obstante, un hecho parece claro: que las relaciones horizontales de comunicación desarrolladas por el sector contestatario de la privatización del poder por una persona, un grupo, una familia, un clan, un partido, etc., con el cambio, las relaciones de comunicación se verticalizan y concentran nuevamente, negando o camuflando la horizontalidad propugnada antes de la toma del poder justificando, incluso históricamente, las razones de dicha verticalización.

Parecería ser entonces que, hasta la fecha, el ejercicio del poder exige de verticalidad en la toma de decisiones y, por lo tanto, de un sistema de comunicación también vertical y centralizado o centralizador, lo que se opone —o se ha opuesto siempre— a las relaciones horizontales ejercidas por los grupos contestatarios, los partidos de oposición, los ejércitos de liberación, etc., antes de la toma del poder.

En los últimos veinte años han aparecido en México grupos de presión, e incluso partidos políticos, que bajo la bandera de la participación, la representatividad, la descentralización, e incluso la autogestión, tratan de encontrar nuevos mecanismos de participación ante la institucionalización centralizadora y selectiva de los ya existentes.

El Estado, ante el infructuoso combate —a veces velado, a veces abierto— contra estos grupos, ha optado por ampliar estos canales de participación; pero lo que es más significativo, siempre buscando su institucionalización y su asimilación al sistema concentrador del poder.

El proceso de desarrollo de una proto-democracia burguesa como la que aquí se sugiere, intenta neutralizar la inquietud política. Asimismo, busca institucionalizar los límites de tolerancia de la expresión, como los cambios económicos, políticos y culturales, buscando también neutralizar las inconformidades que aparecen en todos los estratos de la sociedad.

Para ello el Estado trata de revalorar esquemas culturales ignorados hasta hace diez años todavía: la participación comunitaria, el municipio libre, la libertad de crítica, etc. Un rasgo determinante de nuestro entorno es que la crisis económica, ha enmarcado la contestación y la neutralización, lo que ha impedido, cada vez más, el consenso y la legitimación buscada por el Estado. Esto, paradójicamente, ha favorecido más a la propia contestación. Si bien esta actitud permite detener el caos social y político, esto no significa que el dique pueda resistir permanentemente.

Resulta importante destacar que el proceso de búsqueda del consenso

requiera de un sistema de comunicación política, que a su vez deriva en un sinnúmero de procesos comunicacionales, tales como:

- Comunicación cultural y educativa, en tanto que proceso de comunicación formal (la escuela);
- Comunicación cultural y masiva, en tanto que proceso de comunicación informal (mass-media);
- Comunicación inter e intrainstitucional formal (organización de comunicación administrativa para el flujo de la toma de decisiones);
- Comunicación inter e intrainstitucional informal (ejercicio corporativo del poder: “grilla”, “polaca” y “tenebra”, al decir de R. Araico); etcétera.

Para lograr el consenso y la legitimación, el sistema centralizador del poder y su correlativo sistema centralizado de comunicación política, opta por el uso de todos los recursos comunicacionales establecidos, a todos los niveles de la sociedad política, mediante la institucionalización del poder y del gobierno (sistema institucionalizado de mensajes, como anota G. Gerbner). Su objetivo es convencer y alcanzar el consenso de la sociedad civil. Pero ésta, ante la centralización y la verticalización de las comunicaciones opta, también a todos los niveles de la sociedad civil (burocrático-administrativo, laboral, escolar, familiar, informal), por instrumentar circuitos opcionales de comunicación horizontal, que a manera de contra-información se opone a la verticalidad y al centralismo.

No obstante, la heterogeneidad de la sociedad civil permite que —en cada coyuntura histórica— destaquen ciertos grupos, siempre en proceso de búsqueda de participación, que desarrollan sistemas alternativos de comunicación, ante la negligencia, la indiferencia o la oposición del sistema institucionalizado de mensajes y de algunos sectores de la propia sociedad civil. Sin embargo, por razones de carencia infraestructural, tal parecería que al imposibilitar el establecimiento de un sistema de mensajes, sólo es factible el establecimiento de procesos (formas y modos de comunicación) que definimos como circuitos opcionales de comunicación, cuyo desarrollo y expansión se inicia al interior de los grupos inicialmente marginales.

Así entonces, si bien es cierto que la sociedad política busca la legitimación y el consenso ante la sociedad civil; los grupos marginales buscan obtener un espacio dentro de la propia sociedad civil, para que sus acciones vayan incidiendo cada vez más en la toma de decisiones de la “sociedad política”.

El problema para toda posibilidad de cambio radica, al parecer, en

derruir el caparazón que la propia sociedad civil ha desarrollado en todo un ejercicio de incredulidad cognoscitiva ante la sociedad política y ante ciertos sectores de la sociedad civil (los grupos marginados justamente). Es decir, que en todo ese proceso de resistencia cognoscitiva, los sistemas formales e informales de comunicación han logrado desarrollar ese poderoso filtro de resistencia. Pero lo que es más importante aún, parece necesario ver que si ante una posibilidad de cambio los circuitos opcionales de comunicación que se han establecido dentro de la sociedad civil, y entre ésta y los grupos marginales, logran mantener su horizontalidad comunicacional frente a todo cambio eventual. De esta forma, la democratización, entendida a la manera de M. Simpson, podrá constituir la instrumentación de “. . . mecanismos sociales de gestión popular de los asuntos locales, regionales y nacionales, fincada en una tradición popular de autogobierno. . .”